

Rabí David Israelevich

Egiptología Talmud y Cábala

Ediciones Hebreo Digital

EGIPTOLOGÍA, TALMUD Y CÁBALA

Egiptología, Talmud y Cábala

Autor: Rabi David Israelevich

1a edición: Febrero 2011

© 2010 by Hebraica Digital

Reservados todos los derechos de la presente edición

E-mail: hebraicadigital@hebraicadigital.com

www.hebraicadigital.com

I

LA FASCINANTE HISTORIA DEL FARAÓN DE
EGIPTO

En las adyacencias del Mediterráneo florecieron numerosas civilizaciones. Muchas de ellas cuentan con una rica historia, destacándose la de Egipto, que es una de las más extensas y cautivantes. Este imperio, según las estimaciones de los egiptólogos, nació alrededor del año 3.000 antes de la era común. El imperio egipcio sobrevivió a los cambios que tuvieron lugar a través de los siglos y logró superar los obstáculos del crecimiento con el fin de mantener vivas las raíces que lo establecieron.

Egipto está situado al norte de África, y en sus valles aún subsisten los restos arquitectónicos de las distintas dinastías que moraron en este país en el pasado. Hay allí colosales piedras que se enclavan en las orillas del río Nilo, uno de los más largos del planeta, a cuyas espaldas yace un desierto de arenas que parecen infinitas, las cuales conforman el temible desierto del Sahara.

En principio, Egipto estaba separado en dos reinos diferentes. La historia del Egipto unificado comenzó, según se cree, cuando el rey Narmer conquistó el Bajo Egipto y fusionó el país. Esta unión quedó simbolizada en la famosa paleta de Narmer, en la cual se representa al rey portando la doble corona, que integra los elementos del Bajo y Alto Egipto.

A partir de ese momento, durante casi 3.000 años se fueron sucediendo en el trono del país del Nilo reyes o faraones de 30 dinastías diferentes.

LA CORONACIÓN DEL FARAÓN

Los egiptólogos, analizando los jeroglíficos, descubrieron que el Faraón, en el día de la coronación, recibía cinco nombres; los mismos componían su título formal. En la actualidad, se suele utilizar el quinto para nombrarlos, sin embargo, según parece, ellos utilizaban el cuarto.

Una vez coronado, el Faraón debía manifestar su posición a través de una serie de símbolos externos. Según la ocasión, utilizaba un atuendo u otro. Habitual-

mente cubría su cabeza con el nemes, o sea, un pañuelo de rayas que le caía sobre los hombros. Sin embargo, en los días de fiesta, se ponía la corona azul o kepres.

La corona blanca era la corona del Alto Egipto, mientras que la corona roja era la del Bajo Egipto. Unidas formaban la doble corona o pschent, símbolo del reino unido.

En la frente se colocaban el ureus, una especie de diadema con la figura de una cobra, que según creían, brindaba protección contra los enemigos.

EL ASPECTO POLÍTICO DEL FARAÓN

El Faraón electo debía gobernar el país conforme a la ley de Maat, la diosa de la justicia. Además, tenía la misión de hacer que sus súbditos también acataran esa ley.

Para esta misión, el Faraón contaba con un equipo de ministros, escribas, secretarios, y asistentes. El más importante de todos ellos era el visir, que acompañaba al al Faraón constantemente.

PODER MILITAR DEL FARAON

Los jeroglíficos han revelado que el Faraón era el comandante del ejército imperial. Desde muy temprana edad, el aspirante al trono era entrenado con la espada y con el arco. También se lo llevaba a cazar leones.

Un dato interesante que fue descubierto por los egiptólogos revela que si había una guerra, el Faraón debía ser el primero en presentarse en el campo de batalla. No le estaba permitido permanecer en palacio mientras sus hombres batallaban.

LA ACTIVIDAD DE SUMO SACERDOTE

El Faraón, al asumir su cargo, se convertía en sumo sacerdote del reino. Su misión sacerdotal consistía en construir templos, además de reparar y mantener los ya existentes en todo el imperio. También era función suya procurar que se cumplieran los oficios religiosos establecidos.

Una función más que le competía como sacerdote principal, era la de presidir y celebrar ceremonias para

solicitar favores de los dioses. En la ceremonia se daba gracias por la crecida del Nilo, y se realizaban las peticiones necesarias para todo lo relacionado con el reinado.

LA DIVINIDAD DEL FARAÓN

Al Faraón, se lo consideraba el representante en la Tierra de todos los dioses. Especialmente se le identificaba con Horus, el dios real, aunque ocasionalmente también con Ra, dios del sol. Al morir, pasaba a identificarse con Osiris.

Algunos pocos faraones fueron considerados como un dios en sí mismos. Uno de estos casos fue Ramsés, que construyó un templo en su honor en Abu Simbel.

LA FAMILIA REAL

El Faraón debía asegurarse la sucesión. Por tal razón, poseía varias esposas, aunque sólo una de ellas era considerada como reina, y recibía el calificativo de Gran Esposa Real.

Cuando una Gran Esposa Real moría, el Faraón escogía a otra de entre sus mujeres para que la sucediera.

EL ENIGMA FARAÓN

Estas eran las principales características de los faraones que gobernaron a lo largo de las treinta dinastías egipcias. Los egiptólogos han descubierto numerosos datos correspondientes con estas dinastías descifrando los jeroglíficos, aunque hay muchos asuntos que aun se mantienen en el misterio. Y también están aquellos que se conoce sólo un detalle mínimo, como lo referente a la denominación «Faraón». Ya que lo único que se pudo descifrar es que se trata de un término que fue utilizado por el pueblo, pero no por los propios faraones. Se dedujo que el comienzo de su utilización se produjo a partir del reinado de Amenhotep III, en la primera mitad del siglo XIV antes de la era común.

Además, estudiando los jeroglíficos se reveló que Faraón deriva de la expresión egipcia per-aa, que significa «casa grande», aludiendo al palacio del rey. No se conocen mayores datos de este concepto.

Sin embargo, en el Midrash se aborda este tema más ampliamente, lo cual permite completar los datos faltantes. Además, se aclara por qué este calificativo, Faraón, era utilizado por los miembros del pueblo egipcio.

En el antiquísimo libro del Midrash titulado Sefer Haishar se describe cómo y en qué circunstancias el rey de Egipto pasó a llamarse Faraón y de que manera el pueblo adoptó ese modismo al léxico de la región.

EL FARAÓN DE LA ÉPOCA DE ABRAHAM

En el libro del Génesis consta esta declaración: «Dios le dijo a Abram, vete de tu tierra, del lugar donde has nacido, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré» (Génesis 12:1).

A continuación se revela el lugar al que marchó Abram por orden de Dios: «Abram emprendió la marcha, tal como le habló Dios, y fue con él Lot. Abram era de setenta y cinco años de edad cuando salió de Jarán. Abram tomó a Sarai, su mujer, y a Lot, el hijo de su hermano, y todos los bienes de ellos que obtuvieron, y

todas las almas que hicieron en Jarán. Y salieron para ir a la tierra de Canaan» (Génesis 12:4–5).

Seguidamente se describe el detalle del desplazamiento de Abram por esa región: «Abram atravesó la tierra hasta llegar a Shejem, hasta la planicie de Moré. En ese entonces, el cananeo habitaba la tierra. El Eterno se le apareció a Abram y le dijo: a tu descendencia daré esta tierra. Y él edificó un Altar para El Eterno Quien se le había aparecido. De allí se dirigió a la montaña, al este de Bet El y allí dispuso su tienda, con Bet El hacia el oeste y Ai hacia el este; y allí edificó un Altar para El Eterno, e invocó a El Eterno por Su Nombre. Después, Abram prosiguió su marcha, dirigiéndose hacia el sur» (Génesis 12:6–9).

Posteriormente Abram fue a Egipto, como está escrito: «Había hambre en la tierra y Abram descendió a Egipto para habitar allí, pues el hambre era grave en la tierra» (Génesis 12:10).

Abram sabía que era necesario entrar allí para conseguir alimento, pero la estadía en ese lugar no sería para nada sencilla. Por tal razón, tuvo que tomar

decisiones muy audaces, como está escrito: «Y sucedió que cuando estaba por entrar a Egipto, que le dijo a su mujer Sarai: he sabido que eres una mujer de hermosa apariencia. Y ocurrirá que cuando los egipcios te vean, dirán: ¡Ésa es su mujer!; entonces me matarán, pero a ti te dejarán con vida. Por favor, di que eres mi hermana, para que me vaya bien por ti, y para que pueda vivir gracias a ti» (Génesis 12:11-13).

Como era previsible, las pruebas no tardaron en llegar, como se declara a continuación: «Y sucedió que al llegar Abram a Egipto, los egipcios vieron que la mujer era muy hermosa. Cuando la vieron los oficiales del Faraón, la elogiaron ante el Faraón y fue conducida a la casa del Faraón. Y el Faraón trató bien a Abram gracias a ella y él obtuvo ovejas, ganado vacuno, burros, esclavos y esclavas, burras y camellos. Pero aconteció que El Eterno afligió al Faraón y a su familia con grandes plagas a causa de Sarai, la mujer de Abram. El Faraón convocó a Abram y le dijo: ¿Qué es lo que me has hecho? ¿Por qué no me dijiste que era tu mujer? ¿Por qué dijiste ies mi hermana!; para que yo la tomara como mujer? Ahora, aquí está tu mujer; itómala y vete! El Faraón impartió ordenes para que lo escoltasen a él y a su mujer, y a todo

lo de él» (Génesis 12:14-20).

Se aprecia que en la Biblia se denomina al rey de Egipto Faraón. Y se observa que este concepto se repite numerosas veces en un mismo párrafo, indicando algo especial. En el Midrash se explica este asunto, describiéndose cómo el rey de Egipto comenzó a ser llamado de esa forma: en aquellos días moraba en la tierra de Shinar un hombre sabio e inteligente, concededor de numerosas ciencias; y su aspecto era muy agradable. Pero él no estaba contento con todos los dones que poseía, pues era extremadamente pobre. Su nombre era Rakaión.

Este individuo estaba muy afligido por su pésima situación económica, y se encontraba sumamente preocupado. Continuamente pensaba cómo solucionar el grave problema que lo aquejaba, la subsistencia.

Un día decidió ir a Egipto para hablar con el rey de aquel país, cuyo nombre era Ashverosh, el hijo de Enam. Pensó mostrar al rey su sabiduría, y tal vez de ese modo conseguiría hallar gracia ante sus ojos. Consideró que si le demostraba su capacidad, quizá le otorgara un puesto en el gobierno. Eso le permitiría obtener ingresos

suficientes para vivir con dignidad.

Rakaión estaba decidido a poner en práctica su idea y por eso viajó a Egipto. Pero cuando llegó, y preguntó por el rey, los habitantes del lugar le informaron acerca del sistema gubernamental vigente en Egipto en aquellos días. El rey permanecía en su palacio todo el tiempo, y no se mostraba ante la población, con excepción de un único día al año. En este día, el rey salía y juzgaba a todo el pueblo. Todo individuo que tuviera algo para decir, se presentaba delante del rey en ese día, y exponía su caso ante el mandatario.

Rakaión oyó lo concerniente a la manera de proceder en ese lugar, y comprendió que no podrá presentarse ante el rey en forma inmediata. Por tal razón, entristeció mucho y se llenó de fastidio.

Cuando anocheció, Rakaión encontró una casa en ruinas, y al no contar con otra alternativa, entró en ella, y pasó allí la noche. Estaba apenado y hambriento, y por esa razón no pudo dormir.

Rakaión reflexionó e intentó dilucidar qué podía

hacer en la ciudad hasta que llegase el momento de poder ver al rey, y cómo podría sustentarse hasta entonces.

Por la mañana se levantó, y fue a la ciudad. Se encontró con los vendedores de verdura y les preguntó cómo hacían para ganar su sustento vendiendo verduras y hortalizas. Ellos le dijeron que compran la mercancía a los campesinos y después la venden a los habitantes del lugar.

Rakaión quiso hacer lo mismo que estos hombres, pero al no conocer las costumbres y normas de la gente de ese lugar, era como un ciego entre ellos.

De todos modos hizo el intento, consiguió verduras, y las dispuso como los vendedores que había visto. Pero se congregaron allí vándalos que se burlaron de él y le robaron toda la verdura.

Desconsolado, se fue de allí. Regresó a la casa en ruinas donde había pernoctado, pasó en ese lugar la segunda noche, e intentó descansar. Mientras permanecía acostado, pensaba cómo hacer para lograr sobrevivir.